á la costumbre, debe, sin embargo, tener fundamento más hondo que los demás instintos que la civilización ha logrado dominar.

Veamos otro argumento de más fuerza. El amor humano, que en el fondo no es más que el deseo de poseer á un individuo determinado, teniendo en cuenta la reproducción es algo más que esto: es también una alegría que hace experimentar el lado moral del ser amado; es también amistad. Este elemento del amor sobrevive al elemento fisiológico. Sin duda lo que se siente por la persona querida después de la posesión no es lo que se sentía antes. Pero siempre es algo elevado y poderoso, que puede crear el deseo, más aún, la necesidad de una existencia común para la vida, existencia que no tendría su razón de ser en el fin natural del matrimonio, la reproducción, sino en la necesidad que un ser de superior cultura siente de fomentar á un ser de cultura semejante. Aun en el alma más fiel, por fuerte que haya sido en su origen la pasión, el amor, después de la luna de miel ó después de nacido el primer hijo, sufre esta transformación, en la cual no le pesan aün las cadenas del matrimonio, pero que ya no es preservativo seguro contra una nueva pasión.

Otras circunstancias hay que facilitan á la voluntad la lucha contra los instintos poligámicos. Si la vida en común de dos seres que se han amado un momento y han experimentado por esto que tienen disposiciones casi aromáticas el uno para el otro; si esta vida, digo, ha durado algún tiempo, se convierte en una costumbre que favorece poderosamente la fidelidad. Es posible que al cabo de algún tiempo no sientan ya el menor amor uno por otro, ni siquiera amistad, pero la comunidad subsiste, sin embargo, y subsiste sólidamente. Del mismo

modo que en el fenómeno de petrificación todos los elementos de la raíz de un arbol, por ejemplo, desaparecen poco á poco y son reemplazados por materias terrosas en un todo extrañas, que se insinúan en el lugar de las materias orgánicas y dejan intacta la forma general, hasta que ya no existe nada del tejido vegetal, sin que el aspecto exterior de la raíz haya padecido nada, lo mismo en esta transformación de sentimientos la costumbre reemplaza imperceptiblemente, partícula á partícula, al amor que se desvanece, y cuando éste ha desaparecido por completo, la forma del lazo vital entre los dos esposos subsiste; esta forma, aunque rígida y fría, es, sin embargo, resistente y duradera.

Si el matrimonio produce hijos, á ellos pasa la ternura de los padres; en el alma de los hijos crece un nuevo amor que se enlaza por igual en torno á los dos padres y los reune como una planta trepadora que con sus largas ramas abraza dos árboles, los liga indisolublemente, los cubre de fresco follaje y de flores cuando ya están marchitos y muertos. Además, como á medida que dura el matrimonio, los cónyuges envejecen, el instinto amoroso se debilita por causas naturales, y si los gérmenes de nuevas inclinaciones no mueren, no desaparecen, la voluntad y la inteligencia pueden, sin embargo, impedir más y más fuertemente su desarrollo. Por último, después de una aurora de amor, queda para toda la vida un dulce y profundo recuerdo que predispone al reconocimiento hacia el ser á quien se ha amado, y nos lleva igualmente á unirnos á él. Por todas estas razones puede ser oportuno, por regla general, aparear á los seres humanos por la monogamia y de por vida, aun cuando sus disposiciones físicas y morales los hubieren arrastrado á relaciones múltiples, simultáneas ó sucesivas.

Pero habra siempre muchos casos en que nada preserve de una nueva pasión, ni la amistad que acompaña al amor, ni el reconocimiento que éste deja, ni la costumbre, ni la edad, ni el lazo de una parte común en la existencia de los hijos. En estos casos, la fidelidad se suprime, y el matrimonio deja de estar justificado. La sociedad admite la posibilidad de estos casos, y en los países más adelantados ha establecido el divorcio. Pero no por eso la naturaleza ha conquistado todavía sus derechos. El prejuicio hipócrita, que se apega al principio severamente monogámico, persigue á los divorciados esposos y los hiere, rebajándoles á la categoría de personas que no son del todo respetables. Las naturalezas algo débiles y temerosas se sienten inclinadas á preferir la mentira á la verdad, á engañar á su cónyuge más bien que á explicarse sinceramente con él, á evitar la suerte de los divorciados, estacionándose cobardemente en una unión manchada y que ya se ha hecho criminal. La sociedad debe acostumbrarse á ver en los divorciados seres, criaturas animosas y sinceras que no descienden á compromiso ninguno con su conciencia, que rompen con resolución la forma desde el momento en que ésta pierde su significación y en que sus sentimientos se rebelan contra ella. Solamente esta manera de ver, generalizada, volvería al corazón humano sus derechos, al matrimonio la verdad y la santidad, quitaría al libertinaje y la inconstancia la careta del amor, y haría del adulterio un crimen abominable que sólo cometerían las naturalezas más corrompidas y vulgares.

Nos hemos preguntado si la unión con un solo ser y de por vida está conforme con la naturaleza humana y no debe degenerar necesariamente antes ó después en una mentira, aun cuando en su origen hubiese sido con-

traída por amor. Pero ¡cuán lejos estamos todavía de un estado que hiciese comprender á la sociedad lo necesario de semejante información! Antes de abordar la solución del supremo problema antropológico—saber si el hombre solo ama una vez y no puede ejercitar sus instintos más que con un sólo ser del sexo contrario—sería preciso procurar más que nada que todo matrimonio tuviera por base necesaria el amor, y que el lazo oficial, al menos en el momento de formarse, descansase sobre una atracción recíproca. Pero la actual organización económica de la sociedad se opone á ello. Mientras el hombre no esté seguro de hallar trabajo, y con él un agradable bienestar, buscará siempre en el matrimonio su ventaja material, ó, si no puede lograrla, le temerá y preferirá las innobles satisfacciones que la prostitución le ofrece, ó relaciones pasajeras que no le imponen responsabilidades ó solo se las imponen muy débiles. Mientras la mujer tenga como única salida el matrimonio, le aceptará siempre sin preocuparse del amor, á riesgo de verse después desgraciada ó perdida moralmente.

La mente de la mujer, sobre todo, no se modificará en nada por los empíricos que preconizan su emancipación como remedio el más grave entre los males sociales. No haré una crítica profunda de esta emancipación; quiero sólo hacer notar en algunas palabras que, puestos los dos sexos en situación exactamente igual, la lucha por la existencia revestiría formas aún más horribles que las que actualmente reviste. Siendo más débil la mujer, rival del hombre, sería aplastada sin piedad en muchas cuestiones industriales. La galantería es una invención debida al bienestar y al ocio. La necesidad y el hambre suprimen este sentimiento, con el cual, sin em-

bargo, cuentan las mujeres, puesto que se imaginan un mundo en que la mujer luche con el hombre por el bocado de pan. El hombre deberá hacer por sí solo los trabajos más difíciles, que son, precisamente, los más necesarios; los cotizará más altos que los de la mujer, y, como sucede hoy, pagará más barato el trabajo femenino que el suyo propio. ¿Por qué? Porque tiene la fuerza de convertir su manera de ver en ley y hacer triunfar su voluntad sin más razón que ésta. En la civilización, la mujer tiene una situación elevada y magnífica, porque se contenta y se satisface con ser el complemento del hombre y reconocer su superioridad material. Pero si intenta poner ésta en duda, pronto se ve obligada á reconocer la realidad. La mujer plenamente emancipada, independiente del hombre, enemiga suya por cuestión de intereses en muchos casos, será sobrepujada bien pronto. Entonces vendrá la lucha, la lucha brutal; ¿quién saldrá vencedor de ella? No es posible la duda. La emancipación pondría necesariamente al hombre y la mujer en la situación de una raza superior y otra inferior—porque el hombre está mejor armado que la mujer para luchar por la existencia—y el resultado sería que la mujer caería en una dependencia y una esclavitud peores que la esclavitud y dependencia de que la emancipación quiere librarla. El objeto de los que predican la emancipación es hacer posible á la mujer la vida sin marido y la renuncia al matrimonio. Esta manera de curar un mal tiene el mismo valor que el de un filántropo que, por ejemplo, en época de hambre viniese á proponer los medios más convenientes para conseguir que la gente perdiese las ganas de comer. Se trata de dar de comer á los que tienen hambre, no de enseñarles á pasar sin alimento.

Y vosotros, extraños abogados de las víctimas de nuestra civilización, no debéis facilitar á la mujer el desprecio del matrimonio, sino asegurarle su parte natural en la vida del amor en la Humanidad. En el capítulo anterior he declarado como un deber de la sociedad el cuidado de los hijos, asegurarles la instrucción completa, y, siempre que esto sea necesario, mantenerlos hasta que estén en condiciones de ganarse la vida por sí mismos; igualmente miro como un deber de la sociedad proteger á las mujeres necesarias á la reproducción, contra la privación física. El Estado debe á la mujer protección y sostén. El papel del hombre en la vida de la especie es ganar el pan necesario, conservar y defender la generación que vive; el papel de la mujer es conservar la especie, mejorarla por la selección, proteger á las generaciones futuras, provocar entre los hombres la lucha cuyo premio es, y en la cual los más hábiles combatientes conquistan el más rico botín. Como niña, la mujer debe recibir los beneficios de la educación general de la juventud; más tarde debe de tener derecho, si lo necesita, á una asistencia asegurada, ya en la casa paterna, ya en establecimientos especiales. Es preciso que la sociedad llegue á comprender lo vergonzoso que es que en el seno de un Estado culto una mujer—joven ó vieja, fea ó guapa—pueda estar en la indigencia. En una sociedad transformada según estos principios, la mujer no tiene que cuidarse del pan cuotidiano; sabe que, casada ó soltera, está al abrigo de las privaciones; los hijos son mantenidos é instruídos por el Estado; el hombre no puede esperar procurarse por dinero tantas cuantas mujeres necesite, porque la mujer no le servirá ya de mediadora. En semejante sociedad, la mujer sólo se casará por inclinación; el espectáculo de una vieja

soltera que no haya encontrado marido, será tan raro como el de solterones que, en una vida de libertinaje, gozan de todos los placeres del matrimonio sin tener sus cargas y limitaciones morales; la prostitución sólo se reclutará en una pequeñísima minoría de criaturas degeneradas, cuyos instintos de desorden no acepten disciplina alguna, que no puedan vivir sino en el vicio y la vergüenza, y que absolutamente carezcan de valor para la conservación de la especie. Si no entran ya en el matrimonio las consideraciones materiales, si la mujer puede elegir libremente y no debe venderse, si el hombre se ve obligado á conquistar el favor de la mujer con su persona, y no con su posición y su fortuna, entonces la institución del matrimonio puede pasar, de embustera que es, á ser una verdad; entonces el espíritu sublime de la naturaleza presidirá á cada unión, todo hijo vendrá al mundo rodeado, como de una aureola, del amor de sus padres, y recibirá en su cuna el inapreciable don de la fuerza y la aptitud para la vida, don que toda pareja que se ha encontrado en afinidad electiva, transmite á sus retoños.

MENTIRAS VARIAS

I

Solo el hecho de que el hombre, semejante á los animales que viven en rebaño, tenga necesidad de vivir con sus semejantes, puede hacernos comprender algunas de sus particularidades más primitivas y esenciales. Estas quedarían siendo inexplicables en absoluto, si hubiésemos de ver en él un ser solitario é independiente por naturaleza, y si alguna vez hubiera sido verdadero el cuadro que alguno de los antropólogos mal informados, pero dotados de viva imaginación, nos han trazado del hombre primitivo, á quien describen como cazador salvaje, enemigo de la especie, errando solo por los bosques, armado de un hacha y un cuchillo de piedra. Su instinto de solidaridad está fundado únicamente sobre su necesidad de vivir; la educación egoísta que le da la civilización ha podido debilitar y obscurecer este instinto, pero no suprimirle. Este instinto no tendría objeto, y, por consiguiente, no estaría justificado en un ser á quien su naturaleza y sus necesidadés llevasen á una existencia solitaria, sin relación ninguna con los hombres, y ocupado solamente en satisfacer sus inclinaciones propias y sus intereses personales.

El instinto de solidaridad da por resultado que el hombre, en todas sus resoluciones y en todos sus actos, tiene presente sin cesar la idea de la especie, del reba-